

DR. RUBÉN LUNA HUSILLOS*

EL MEDICO A TRAVES DE LA HISTORIA

Los orígenes de la Medicina.

El Médico en la medicina primitiva.

DESDE SU PRIMERA APARICIÓN en la tierra, el ser viviente ha estado sometido a las lesiones y a la enfermedad. Uno de los más preciados dones que posee es el de poder superarlas, el de poder curarse. Los animales poseen un instinto que les lleva a buscar por sí mismos los remedios capaces de ayudar a esa fuerza curativa. Lo vemos en la forma en que el buho se revuelca en el polvo para librarse de los piojos de su plumaje y en el procedimiento de lamerse las heridas, utilizado por el animal herido. El arte médico humano deriva de este instinto que poseen los animales, de ayudar a la naturaleza. Puesto que las enfermedades humanas aparecen junto con el hombre, puede decirse que la historia de la Medicina está enraizada en los más antiguos vestigios de la prehistoria humana. Existen restos antiguos de enfermedad en algunos antropones, como el encontrado en Java por Dubois, en 1891. En ese antropono, el *Pithecanthropus Erectus*, extinguido hace más de un millón de años, se encontró un tumor en una de las extremidades óseas.

* Profesor de Introducción a la Medicina Humanística y Psicología Médica.

** Departamento de Psicología Médica, Psiquiatría y Salud

Los restos más antiguos de enfermedad y propiamente humana se encontraron, por supuesto, también en los huesos, ya que los huesos son los únicos vestigios que tenemos de nuestros primitivos antepasados. Sin embargo, hasta que aparecen los primeros documentos, hasta que el hombre empieza a habitar en cuevas, no conocemos lo que ocurría con los enfermos o heridos. Ignoramos si eran cuidados por los demás cazadores nómadas, si los mataban o si simplemente los abandonaban para que murieran. A partir de la vida del hombre en cuevas tenemos evidencias que demuestran la atención y cuidado de los enfermos por sus compañeros. Así, en una cueva francesa, se encontraron los restos de un hombre de la Neanderthal, que murió entre los 40 y los 50 años de edad. Este hombre presentaba manifestaciones avanzadas de artritis y había perdido casi todos los dientes. Se hace evidente que para alcanzar la edad a la que llegó, avanzada para aquella época, requirió el cuidado solícito de su gente. Este hombre vivió hace 50,000 ó 70,000 años y la raza a la que pertenecía se fue extinguiendo gradualmente. A esa misma raza pertenecen hombres cuyos restos fueron encontrados en una ca-

verna de Irak, y que murieron al derrumbarse el techo de la cueva. Uno de esos hombres, al igual que el encontrado en Francia, padeció artritis y también tuvo que ser auxiliado por los integrantes de su grupo. Otro había nacido con un defecto anatómico que le inutilizaba el brazo derecho, el cual fue amputado por encima del codo, en la primera intervención quirúrgica, quizás, de que tengamos noticia.

La vida del hombre de Neanderthal coincidió con la del homo Sapiens durante los 100 mil años del período interglacial en Europa, en el que ocurrió el último avance de los hielos, así como su retroceso sobre una masa de tierra semejante a la tundra. En el último medio millón de años del período glacial, las razas primitivas contaron con el fuego para calentarse y cocer los alimentos; hace cincuenta mil años empezaron a aprovechar las pieles de los animales para arroparse con ellas y hace veinte mil aprendieron a coserlas con agujas de hueso, fabricando así trajes que suplieron la defensa que proporcionaba a sus antecesores el vello espeso que ellos habían perdido. El hombre primitivo, en su evolución gradual, fue aprendiendo procedimientos más eficaces para cazar e ideó una amplia variedad de armas. Dejó constancia, con sus pinturas en cuevas, de lo que era su vida y en esas pinturas está incluido el médico hechicero.

En efecto, en las paredes de la cueva de los Tres Hermanos, en los Pirineos franceses, fue pintada, hace 17 mil años, la más antigua figura conocida del hechicero curandero, vestido con el atuendo de su profesión. De este hechicero desciende el médico de nuestro tiempo. El hechicero médico continúa ejerciendo sus prácticas una vez que el hombre primitivo deja de ser nómada para hacerse sedentario. Acompaña al ser humano a lo largo de la historia, unas veces prevaleciendo más y otras menos, incluso hasta en la época actual.

¿Cómo podemos conocer las prácticas médicas, mágicas y religiosas del hombre primitivo? Podemos responder diciendo que los estudios de la Antropología Cultural han dado luz en muchas de las incógnitas que en ese campo existen. Aún en nuestros días, existen grupos que viven en la forma en que lo hacían los hombres de hace 20.000 años y el estudio de estos grupos nos permite entender diversos elementos de la vida primitiva.

Ha sido una idea extendida el pensar que los hombres primitivos, los llamados habitualmente "salvajes", carecieron y carecen de un pensamiento ra-

cional. Se les ha visto como gentes con una ineptitud total para manejar conceptos abstractos y con una forma de pensar rudimentaria, resultado de deficiencias en la capacidad intelectual. Nada, sin embargo más falso que estos conceptos. Los estudios de autores como Levi-Strauss, Cassirer, Conklin, Fox, Smith, Bowen, Robbins, Harrington, Gilges y otros cuyos nombres forman legión, han demostrado ampliamente que, si bien el pensamiento primitivo tiene diferencias con el pensamiento científico, de ninguna manera es caótico ni sin sentido.

Se ha dicho, por ejemplo, que el "indígena" solamente tiene palabras para denominar objetos que le son útiles y que se rige exclusivamente por sus necesidades orgánicas o económicas. Este reproche, además de ser falso, es el mismo que el "salvaje", también injustamente, nos dirige a nosotros. Así, los indígenas Hawaianos, que utilizaban sus recursos naturales en una forma bastante completa, criticaron que el hombre "civilizado" utilizase solamente unos cuantos, ventajosos comercialmente, destruyendo a menudo todo lo demás. Es verdad que estos indígenas pensaron que el hombre "moderno" se regía sólo por la agricultura de mercado, e ignoraron que también existe un criterio botánico, pero al hacer eso cometieron el mismo error que aquellos que creyeron que el interés de los primitivos por las plantas y los animales totémicos, no era inspirado más que por las quejas de su estómago. En numerosos reportes se habla de las complejas clasificaciones de pueblos pretendidamente "salvajes". En una región desértica de California del Sur, en la que apenas logran subsistir algunos blancos, varios miles de indios Coahuila vivían en la abundancia. En este territorio, aparentemente dejado de la mano de Dios, conocían por lo menos 60 plantas alimenticias y 28 de propiedades narcóticas, estimulantes o medicinales (Barrows). Sturtevant señala que un solo indígena seminola fue capaz de identificar 250 especies y variedades vegetales. Los indios hopi conocen 350 plantas, los navajos más de 500, los subanun (del sur de Filipinas) más de mil y los hanunoo más de 2000. Algunas poblaciones que viven primitivamente en Rodesia del Norte, conocen más de 300 especies o variedades de plantas medicinales. Se ha podido comprobar que ese saber, desarrollado tan sistemáticamente, no puede ser función, tan sólo, de la utilidad práctica. Diversos indígenas del norte de Estados Unidos, estudiados por Speck, tienen una completa clasificación de ser-

pientes y batracios, pese a que no tienen ningún interés económico o alimenticio en ellos.

Los productos naturales que, con fines medicinales, usan algunos pueblos primitivos siberianos, ilustran, por su definición precisa y el valor específico que se les presta, el cuidado, el ingenio y la atención al detalle. Sus medidas curativas incluyen arañas y gusanos blancos para la esterilidad, grasa de escarabajo negro contra la hidrofobia, gusanos rojos macerados contra el reumatismo, cangrejo de río contra la epilepsia, toques con pico de pájaro para el dolor de dientes, caldo de pichón contra la tos, etc.. De estos ejemplos, que se encuentran en pueblos de estructura primitiva de todo el mundo, se puede inferir que las especies vegetales y animales no son conocidas por ser útiles, sino que se las declara útiles cuando se las conoce. Se objetará que tal ciencia no puede ser eficaz y que si lo es, será únicamente en el plano de lo práctico. En cuanto al primer punto, podemos decir que la ausencia de eficacia de los remedios de los pueblos primitivos no es siempre cierta. Sabemos que muchos conocían la quina para tratar el paludismo, la coca para resistir el hambre y el cansancio, el opio para calmar el dolor, el aceite de chaulmugra para tratar la lepra, etc. En cuanto a la idea de que los medicamentos primitivos revelan un puro interés práctico, es totalmente falsa. El objetivo primero de las clasificaciones primitivas corresponde a exigencias intelectuales, antes de satisfacer necesidades. El agrupamiento revela el interés de introducir un comienzo de orden en el universo. En este sentido, la clasificación, cualquiera que sea, posee una virtud fundamental sobre la inexistencia de la clasificación. Y esas clasificaciones no son resultado de hallazgos realizados al azar. En el Neolítico se confirma el dominio, por parte del hombre de las grandes artes de la civilización: cerámica, tejido, agricultura y domesticación de animales. Ningún antropólogo o historiador se atrevería, hoy en día, a explicar estas inmensas conquistas como consecuencia del azar, o por la contemplación pasiva de algunos fenómenos naturales. Esas conquistas requirieron una curiosidad asidua y perpetuamente despierta, un gusto del conocimiento por el placer de conocer. Ahora bien, lo que acabamos de decir no implica que la magia y el pensamiento mítico de los hombres primitivos estén en la misma línea que la Ciencia, o que sean una forma tímida o balbuciente de ella. Como señala Levi-Strauss, el pensamiento mágico no

es un comienzo, un esbozo, la parte de un todo que aún no se ha realizado. Es un sistema bien articulado, independiente de ese otro sistema que constituirá la ciencia. Por lo tanto, la magia y la ciencia deben ser colocadas paralelamente, como dos modos de conocimiento, desiguales, desde luego, en cuanto a sus resultados teóricos y prácticos, pero no por la clase de operaciones mentales que ambas suponen, si bien suelen aplicarse a fenómenos diferentes. Levi-Strauss considera que el pensamiento mágico está muy cercano a la intuición sensible y que por lo tanto, organiza y clasifica de acuerdo con las cualidades sensibles de los objetos. Así se explica que relacione objetos, animales, etc., atendiendo a su color, a su forma y a elementos semejantes. Es por eso que se considera que un grano en forma de diente preserva contra las mordeduras de las serpientes, o que un jugo amarillo sea un específico para los trastornos biliares. Es obvio que esa clasificación es arbitraria, pero tiene más valor, provisionalmente, que la indiferencia a toda conexión.

El pensamiento mítico ofrece un modo de observación y reflexión que se adapta al descubrimiento de fenómenos distintos a los que hacen las ciencias exactas, pero que, de ninguna manera, son obra de una "función fabuladora" que le vuelve la espalda a la realidad.

Por otra parte vemos que el hombre primitivo, lejos de ignorar el determinismo, lo exige en una forma global. Si un granero cuyos soportes han sido minados por las termitas se le cae a un hombre encima, el "salvaje" considera que el granero se habría caído de todas maneras, pero que fue la magia la que hizo que se cayese en un momento dado, cuando alguien pasaba por debajo. En su exigencia de un orden, el primitivo necesita encontrar relaciones entre todos los sucesos y, en casos como el expuesto, sólo la brujería puede aclarar los nexos. La ciencia, a diferencia de la magia, admite formas de determinismo que se consideran inoperantes a otros niveles. En ella hacemos siempre la distinción entre lo que es sustancial, o accidental, necesario o contingente. Con esta discriminación, nos vemos conducidos a la idea de un mundo de objetos físicos, dotados de cualidades fijas. Esto implica un proceso analítico diferente a la estructura fundamental del pensamiento primitivo. El mundo mágico se encuentra en un estado mucho más fluido que nuestro mundo teórico de cosas y propiedades.

de sustancias y de accidentes. Para el primitivo la naturaleza es dramática. En ella todo son acciones, fuerzas, poderes en pugna. La percepción del mundo se halla impregnada siempre de aspectos emotivos. Lo que se ve o se siente se encuentra rodeado de una atmósfera especial, de alegría o de pena, de angustia, de excitación, de exaltación o postración. No es posible referirse a las cosas como a una materia muerta o indiferente. Los objetos son benéficos o maléficos, amigables u hostiles. Tal como expresa Cassirer, podemos reconstruir con facilidad esta forma elemental de la experiencia humana, pues tampoco en la vida del hombre civilizado ha perdido su fuerza. Si nos encontramos bajo la influencia de una emoción fuerte, las cosas son vistas y matizadas con el tinte de nuestra pasión, con amor u odio, con temor o esperanza. Cuando el pensamiento científico pretende describir y explicar, deja de lado estos factores. La vida es dividida en provincias separadas, que se distinguen claramente entre sí. El primitivo, en cambio, tiene una visión de la vida sintética y no analítica o fragmentada. Es sentida como un todo continuo que no admite escisión, ni división tajante. No existe diferencia específica entre los diversos reinos de la vida; nada posee una forma definida, invariable, estática. Mediante una metamorfosis súbita, cualquier cosa se puede convertir en cualquier cosa. Lo que caracteriza a la mentalidad mítica y mágica es su sentimiento general de la vida. Hemos dicho que en modo alguno le falta al hombre primitivo capacidad para captar las diferencias empíricas de las cosas, pero en su concepción de la naturaleza y de la vida, todas estas diferencias son superadas por un sentimiento más fuerte: la convicción de una solidaridad fundamental de la vida, que engloba a todos los representantes de ella. No se atribuye a sí mismo un lugar único y privilegiado en la naturaleza. La consanguineidad de todas las formas de vida se aprecia, por ejemplo, en las creencias totémicas. En el totemismo, el hombre no sólo se considera como descendiente de cierta especie animal, sino que llega, en muchos casos, a identificarse con ese animal. Steiner cuenta que los miembros de cierto clan totémico de la India, afirmaban que eran una misma cosa que el animal del que derivaban su origen: expresamente declaraban ser animales acuáticos o papagayos rojos. Informa Frazer que entre las tribus dieri de Australia, en las que el tótem es cierto tipo de semilla, el cabecilla era nombrado por su pueblo como siendo la planta misma que produce la semilla. Esto no im-

plica, para la mentalidad arcaica, la regresión a una condición biológica inferior. El comunicarse con los animales, ser su amigo, o ser ellos mismos, dice Mircea Eliade, equivale a apropiarse de una vida espiritual mucho más rica que la vida simplemente humana. Por eso el chamán, a la vez hombre-médico, mago, sacerdote, místico y poeta, para preparar su trance debía utilizar el "lenguaje de los animales". El "diálogo" con los animales o su incorporación por el chamán (en este caso no la posesión) le permitía, según las ideas primitivas, participar de los secretos de esas criaturas y gozar sus vidas.

Hemos dicho que el primitivo considera que, mediante una metamorfosis brusca, cualquier cosa puede transformarse. Dentro de su concepción de la vida, es posible también el retorno a tiempos pasados, lo cual emplean como medida terapéutica. Este caso, que nos interesa particularmente, ha sido utilizado por numerosos pueblos primitivos. Al recitar el mito de retorno, el enfermo "vuelve hacia atrás", al estado de plenitud inicial. No se repara un organismo usado, se le rehace. El enfermo, de esta manera, debe nacer nuevamente y recuperar así la suma de energía y potencialidad, de que dispone un ser en el momento del nacimiento.

El pensamiento primitivo y la utilización de la magia para usos terapéuticos o de otra índole, implica, pues, la creencia firme en la unidad de la vida. Frazer considera que, en función de esto, los principios que sustentan la magia son básicamente dos: 1o. que lo semejante produce lo semejante (ley de semejanza) y 2o. que las cosas que una vez estuvieron en contacto, siguen actuando recíprocamente a distancia, aunque ya no exista el contacto físico (ley de contacto). De acuerdo con ello habla de dos tipos de magia: la homeopática o imitativa, fundada en la asociación de ideas por semejanza y la contaminante, basada en la asociación de ideas por contigüidad. Ambos tipos de magia están incluidos en lo que podríamos llamar la magia simpática, ya que las dos establecen que las cosas actúan una sobre otra a distancia, en virtud de una atracción secreta, de una simpatía oculta. Este punto es recalcado por Cassirer, quien dice que el hombre no pensaría entrar en contacto mágico con la naturaleza, si no tuviera la convicción de que existe un vínculo común que une a todas las cosas, que la separación entre él y la naturaleza y entre las diferentes clases de objetos naturales, es, después de todo, artificial y no real.

Magia Homeopática.—Indica Frazer que la aplicación más frecuente del postulado "lo semejante produce lo semejante" es el intento de los primitivos de dañar a un enemigo, dañando una imagen suya. El uso de figuritas, si bien se ha practicado a menudo con el propósito de arrojar fuera de este mundo a las gentes aborrecidas, se ha empleado también, aunque más raramente, con la intención de ayudar a entrar en él a otras. Por ejemplo, entre los *batakos* de Sumatra, cuando una mujer estéril desea llegar a ser madre, hará la figura de un niño con madera y la colocará en su regazo, creyendo que eso le permitirá cumplir sus deseos. Entre los *dayakos* de Borneo, cuando una mujer tiene un parto laborioso se llama a dos médicos brujos. Mientras uno manipula en el cuerpo de la parturienta, el otro, fuera del cuarto, simula ser ella. Con una tela enrollada al cuerpo sujeta una piedra que representa al niño en la matriz y de acuerdo con las instrucciones que le da su colega, mueve al supuesto bebé en formas que espera faciliten el nacimiento del verdadero.

Para curar la ictericia, los antiguos hindúes trataban de relegar el color amarillo hacia seres y cosas amarillas y procurar al paciente un saludable color rojo, dándole a beber agua en la que se habían echado pelos de un toro de ese color. En muchos pueblos primitivos se consideraba que la curación puede ser ejecutada en la persona del hechicero-médico, en vez de la de su paciente. Así el hechicero *dayako* puede tirarse al suelo, pretendiendo estar muerto. Pasada una hora, los otros curanderos hacen como si le volviesen a la vida, suponiendo que, a medida que se recobra, se aliviará el enfermo.

Muchos de los tabús son resultado de estas concepciones de la magia homeopática, si bien otros lo son de los de la contaminante. Puede decirse que el tabú es una aplicación negativa de la magia. Mientras que la magia positiva dice: "haz esto para que ocurra esto otro", la negativa o tabú implica: "no hagas esto para que no suceda esto otro". Entre los tabús destacan las prohibiciones de comer ciertos alimentos, considerando que, por la ley de semejanza, al hacerlo se adquirirán algunas de sus características indeseables. Así por ejemplo, en Madagascar se prohíbe que un soldado coma rodilla de buey, para no debilitarse de las rodillas, al igual que ese animal.

Los *Gangas* de la Costa de Loango tenían prohibido comer una larga lista de animales y peces, con la consecuencia de una dieta muy deficiente en proteínas. Entre los fans del África Occidental, los

hombres en la plenitud de la vida jamás comen tortuga, ya que imaginan que, haciéndolo, su vigor y ligereza desaparecerían.

El primitivo, que creía que comiendo la carne de un animal adquiriría sus cualidades, no solamente tenía animales tabuados. Por el contrario, buscaba con frecuencia animales cuyas características eran vistas como positivas, con objeto de integrarlas. Así, entre los papúas de Nueva Guinea, los muchachos comen cerdos fuertes y pescados grandes, para adquirir la fuerza del animal o del pez. Algunos indígenas de Australia septentrional piensan, que comiendo canguro podrán saltar y correr con gran ligereza.

Este mismo principio fue una causa importante del canibalismo entre los primitivos. Ciertos indígenas de la región del Amazonas aspiraban a lograr habilidad y ligereza, comiendo únicamente las palmas de las manos y las plantas de los pies de los muertos. En otros pueblos se pensaba que el corazón, la sangre y algunas vísceras de un adversario transmitían al que las comiese su valor. La lengua le daba su elocuencia, el cerebro sus poderes espirituales. La práctica médica del canibalismo prescribía el órgano sano de una víctima, para el paciente que sufriera de una enfermedad de tal órgano.

Magia Contaminante.—Como se ha explicado anteriormente, la base de la magia contaminante es la idea de que las cosas que alguna vez estuvieron juntas quedan después en tal relación, que lo que se le haga a una actuará sobre la otra. Esto fue utilizado en la medicina primitiva, como lo demuestran los siguientes ejemplos: en Melanesia, si el hechicero llegaba a poseer la flecha que hirió a un hombre, la ponía entre hojas frías, para que así desapareciese la inflamación. En otros pueblos "salvajes" o prehistóricos se "transmitían" las dolencias a las plantas. El atacado por la gota se cortaba las uñas y algunos pelos y los introducía en el tronco de una encina, suponiendo que ésta recibiría la enfermedad. A niños con raquitismo se les hacía trepar por ciertos árboles, creyendo que la enfermedad pasaría a ellos.

La transmisión de las enfermedades a los animales podía efectuarse a gran escala y así, en algunos pueblos, se hacía pasear a un camello por un poblado en que hubiese alguna epidemia. Se consideraba que éste absorbería la enfermedad, que desaparecería sacrificando al animal.

Vemos, pues, que la magia puede constituir para

el primitivo, tanto una fuente de enfermedad, como un recurso para combatirla. En el mundo de poderes en lucha que concibe en su pensamiento, el hombre prehistórico consideraba a las distintas fuerzas como seres personificados y dotados de ideas, sentimientos y pensamientos semejantes a los suyos. Esta es la base del animismo, es decir, de la atribución de alma, por parte del "salvaje", a todos los objetos que le rodean. Asimismo, es el fundamento del demonismo. En el pensamiento mágico se cree que si bien los demonios pueden traer unas veces la ventura, en otros pueden originar desgracias, enfermedades y dolencias. El hombre primitivo achaca las desgracias que le ocurren, los daños que sufre y los dolores que ha de aguantar a la magia de sus enemigos o al rencor, la ira o el capricho de los espíritus. Cree que si logra sacudirse de esos demonios, podrá emprender una nueva vida, feliz y saludable. El hombre prehistórico pretende poder expulsar a los demonios, de tal manera que se vean obligados a abandonar el cuerpo enfermo. Se supone que los demonios conocen el dolor y el miedo y que reaccionan ante éstos de la misma forma que los seres humanos. En virtud de esta concepción, en la Costa de los Esclavos, al enfermar un niño, la madre le suele hacer una incisión cutánea, en la que introduce pimienta. Espera que el sufrimiento del espíritu maligno será tan grande como el dolor de la criatura y se verá obligado a abandonar a su víctima.

Los hombres primitivos pensaron que si un animal vive y se mueve es porque tiene dentro un animalito que le mueve, y que si un hombre lo hace, se debe también a la existencia interior de un hombrequito que determinan su actividad. El animalito dentro del animal y el hombrequito dentro del hombre, son el alma. De la misma forma que la actividad se explica por la presencia de esa alma, el sueño y la muerte son atribuidos a su ausencia, temporal o permanente. El "salvaje" tiene la creencia de que para evitar la muerte debe impedir que el alma abandone el cuerpo, o bien, si ha salido, asegurar que regrese. Si el alma sale durante la vigilia, el resultado podrá ser, además de la muerte, la enfermedad o la locura.

A medida que las sociedades primitivas van alcanzando cierto grado de evolución, van confiando el tratamiento de las enfermedades a un individuo especializado. Uno de estos individuos es el Chamán, al que nos referimos anteriormente. Se considera que el Chamán, gracias a sus posibilidades de

entrar en éxtasis, es decir, de que puede abandonar voluntariamente su cuerpo, es el indicado para perseguir el alma extraviada del enfermo y regresarla a su lugar. El Chamán es el que, mejor que nadie, conoce los dramas múltiples, los riesgos y los peligros del alma.

Los Chamanes tienen un gran prestigio entre los primitivos. Habitualmente son individuos con una inteligencia, una memoria y un autocontrol muy superiores al del nivel común. Sin embargo, para ocupar su puesto debe haber sido instruido sobre técnicas chamánicas y debe ser capaz de entrar en éxtasis. Este último requisito implica, para muchos investigadores, la existencia de una enfermedad mental, lo cual, en efecto, ocurre en numerosas ocasiones. En Samoa, por ejemplo, los epilépticos se convertían en adivinos, al igual que entre los Sema Maga. A veces, como entre los Jíbaros, el futuro Chamán es solamente un ser reservado y taciturno. Paul Rodin evidencia la estructura epileptoide o histeroide de la mayoría de los hechiceros-médicos y esto es afirmado también por Loeb, House, Wilwen y otros. Pero el Chamán no es sólo un enfermo. Como afirma Mircea Eliade, es, ante todas las cosas, alguien que ha conseguido curar y que se ha curado a sí mismo. Muchas veces, cuando la vocación se revela a través de una enfermedad o un ataque epiléptico, la iniciación equivale a una cura, a una nueva integración psíquica.

El papel del médico-hechicero en las sociedades primitivas es, pues, tratar de recuperar el alma que se ha salido del cuerpo del enfermo, causando el padecimiento, o bien espantar y ahuyentar del organismo del paciente al genio maligno y torturador. En muchas ocasiones, para lograrlo se presenta bajo una apariencia terrorífica, con máscaras espeluznantes, cuernos, uñas y garras. Se añade todo lo que pueda aterrorizar la mirada o el oído, entremezclando las gesticulaciones y gritos, con el ruido atronador de diversos instrumentos sonoros. Se espera que, ante esta embestida, los demonios, asustados, escapen del cuerpo del enfermo. Eso mismo se hace, en un grado mayor, cuando se trata de expulsar a los demonios causantes de una epidemia. El hechicero-médico utiliza, entre su arsenal de exorcista, máscaras que considera dotadas de poderes mágicos. El exorcista se ponía la máscara que representaba la dolencia específica y así vemos que, en Ceilán, el hechicero puede disponer de nada menos que de las 19 máscaras de los 19 demonios responsables de todas las enfermedades, según la far-

macopea oficial. El exorcista acostumbra levantar un altar en el cuarto del enfermo, danza con la máscara y espera que el espíritu maligno abandone al paciente para penetrar en la máscara del hechicero, quien entonces marcha a las afueras de la aldea, finge durante un rato que ha muerto y así exorcisa al demonio.

Las danzas juegan un papel importante en la terapéutica mágica. Los swahili, de la costa oriental de Africa, sufren a menudo de lo que llaman "pepo", trastorno que produce dolores, insensibilidad y problemas mentales. Cuando el hechicero lo diagnostica, el demonio habla por su víctima e indica las diversiones que necesita para abandonar al doliente. Habitualmente se requiere un baile extenuante que se repite cada día durante una semana. Algunos bosquimanos piensan que el cuerpo del Chamán contiene una medicina que obra sobre el paciente, gracias al ejercicio de la danza y al calor del fuego. En estado de trance, el Chamán corre a través de la hoguera sin experimentar dolor; luego purifica sus manos en el fuego y las impone al enfermo, librándole así de su dolencia.

Aunque sin abandonar el sentido mágico de sus prácticas, los hombres primitivos utilizaron también la Cirugía. La forma en que la practicaron revela lo expresado ya a lo largo de este capítulo: la dedicación, interés y capacidad de observación que estos individuos desarrollaron. Estas características las vemos, por ejemplo, en el ingenioso procedi-

miento que algunas tribus sudamericanas emplean para suturar las heridas: hacen que unas cuantas hormigas se enganchen a los bordes de la herida, convenientemente aproximados, y muerdan sobre los mismos.

Los primitivos practicaron también la extracción de sangre, la circuncisión y tuvieron la audacia de emprender la aventura quirúrgica que representa la trepanación. La utilizaron posiblemente en casos de cefalalgia intensa, como la provocada por un aumento de la presión intracraneal. Su finalidad era la salida del demonio maligno. Si se tiene en cuenta el alivio pasajero que en esos casos producen las trepanaciones, fácil es comprender que se confirmaba la verdad de sus teorías. La repetición de la cefalea se interpretaba, naturalmente, como evidencia del regreso del demonio expulsado.

En resumen, de las líneas anteriores se deduce que el hombre primitivo no es, de ninguna manera, un ser caótico, apenas diferente de los animales. El presente capítulo puede cerrarse con las siguientes palabras de Hipócrates: "Pero a este respecto, yo digo que no debemos rechazar la medicina antigua porque no tuviera fundamentos adecuados, porque no consiguiera resultados exactos, en todo, sino que hemos de admirarla porque fue capaz de alcanzar una gran exactitud en el razonamiento y porque sus descubrimientos, hechos desde un estado de gran ignorancia, se hicieron de modo adecuado y no por casualidad" (Hipócrates: de la Medicina Antigua).

REFERENCIAS

1. CASSIRER, E.: "Antropología Filosófica". F.C.E. México, 1965.
2. ELIADE, M.: "El Chamanismo". F.C.E. México, 1960.
3. ELIADE, M.: "Mitos, Sueños y Misterios". Compañía General Fabril Editora. Buenos Aires, 1961.
4. FAHRAEUS, R.: "Historia de la Medicina". Ed. Gustavo Gili. Barcelona, 1956.
5. FRAZER, J. G.: "La Rama Dorada". F.C.E. México, 1965.
6. "Danza y Hechizo", MD en Español. Vol. IV, Núm. 7, p.p. 137-143. Julio, 1968.
7. "Crónica de la Antropología". MD en Español. Vol. VII, Núm. 6, p.p. 125-130. Junio 1969.
8. "El paciente en la historia. Tiempos prehistóricos y arcaicos". MD en Español, Vol. VII, Núm. 2, p.p. 52-68. Feb. 1969.
9. "Magia de las Máscaras". MD en Español. Vol. VII, Núm. 7, p.p. 141-155. Julio 1969.
10. LEVI-STRAUSS, C.: "El pensamiento salvaje". F.C.E. México, 1964.
11. WALKER, K.: "Historia de la Medicina". CREDSA, Barcelona, 1966.